

Retrato de un lugar olvidado

Nadie grita tu nombre

HAROLD MUÑOZ

Emecé, Bogotá, 2018, 223 pp.

HACE POCO encontré, relejendo textos guardados para cuando falta inspiración, una de las columnas de Leila Guerriero en el diario chileno *El Mercurio*: “Leer y olvidar”. En ella, Leila habla de lo humillante que puede ser pasear por el metro o por la calle con un libro que, por su título y carátula ilustrada, puede dar la idea de que uno tiene una vida espantosa y lo lee para tratar de conseguir una mejor.

Casi a la mitad de la columna, después de mencionar *El ministerio de la felicidad suprema*, *Este libro te salvará la vida* y *Diario de un ama de casa desquiciada*, Leila escribe: “Sin embargo, hay títulos que paseo con orgullo”. Ahí fue donde encontré la palabra perfecta para describir *Nadie grita tu nombre* de Harold Muñoz: orgullo. No solo por la hermosa carátula ilustrada amarilla con una marimba, sino porque desde su título promete ser una historia interesante y real.

Después de su lanzamiento durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, este título llegó a la selección de nominados del Premio Biblioteca de Narrativa Colombiana 2019, sumándose a la lista de logros de este joven autor, entre los que también se destacan el haber ganado el Primer Concurso de Cuento del Instituto Caro y Cuervo, el Concurso de Cuento para Jóvenes Andrés Caicedo, y el Premio Nacional de Novela Nuevas Voces Emecé, sello bajo el cual se publica este libro.

La primera novela del escritor caleño es una invitación a un escenario repleto de rabia e incertidumbre donde el silencio es apenas una ilusión. Ese lugar, tan lejano y a la vez tan familiar, es la cabeza de Kenia, una joven negra a quien la vida le ha sabido quitar todo menos sus ganas de huir de San Antonio.

Te voy a decir la verdad sobre este mundo, mi amor. Este mundo es para las bonitas, eso es lo que importa. Me habló de Sofía, una amiga que tuvo en el colegio y que

se consiguió un tipo, un marrano, al igual que la señora de la casa de la que la habían echado. No importa de dónde vengás, me dijo, lo que importa es que tu vida va a ser distinta, que este mundo te va a quedar pequeño, ¿me entendés? ¿Me pareceo a mi papá?, quise saber. Me contestó que sí y más nunca volví a preguntarle por él. (p. 32)

Desde el preludeo, el autor nos presenta a Kenia con la que será su voz a través del relato. La hija de una mujer que limpia casas de otras personas y que, a medida que la historia avanza, va descubriendo que su futuro está amarrado al hogar que tanto aborrece. Su rabia aumenta. Las promesas inconclusas de su madre y las permanentes discusiones con su abuela la frustran. Kenia quiere salir, quiere ver más allá, y el precio que tendrá que pagar por satisfacer su curiosidad es más grande de lo que cree.

Malcolm X dijo alguna vez que “normalmente, cuando la gente está triste, no hace nada. Solo lloran por su condición. Pero cuando se enfadan, provocan un cambio”. La tristeza que recorre esta novela lo hace de una manera insospechada. Es una tristeza que no deja estela a su paso. Está cargada de una nostalgia avinagrada y lejana de la tradicional zozobra que pueden traer consigo la muerte y el dolor. Las cadenas que arrastra Kenia atraviesan San Antonio y el ruido que hacen al pasar mantiene despierto a un pueblo olvidado y lleno de historias como la de ella.

No es sencillo leer a Kenia, entender sus temores y cambios emocionales. Sobre todo porque la niña que empieza a contar la historia no es la misma que termina el relato; no tiene los mismos problemas, miedos y sueños. La novela crece y madura a medida que su protagonista lo hace. Empieza con muñecas, trenzas, una amiga cercana, una madre amorosa que hace lo que sea por su hija, una abuela demasiado fuerte y un arquetípico pueblo colombiano en el que la voz del pastor retumba en las paredes de cada casa.

Pero rápidamente esta tierra será devorada por un demonio bien conocido: la minería ilegal. El pueblo en el que Kenia creció frecuentando el río y comiendo helado será desmembrado

y de sus entrañas brotará oro. Pepitas doradas por las que hombres y mujeres se matarán o por las que trabajarán día y noche barequeando, agitando las tripas de la tierra para sacar algo que brille. Pronto, en San Antonio, Dios tendrá otro nombre y Kenia será testigo del rugir de la tierra.

Mientras, en la vida de esta joven aparece la música. Cautivada por el sonido de las chontas, Kenia se obsesiona con la marimba y encuentra en ella, más que una terapia, una salvación. A pesar de que en el Pacífico colombiano este instrumento es interpretado por hombres, aparece Rafael, un joven que hará las veces de maestro, cuando la borrachera se lo permita, y le mostrará a Kenia lo que significa tocar marimba.

En la selva llueve todo el año, cuando se toca marimba cae lluvia, ¿me entiende? Lluvia adentro de una casa. La gente piensa que esta música es candela y por eso, los que no saben, la bailan como electrocutados. No hay necesidad de acelerarse, esto es agua, río. Algo que fluye. ¿Me entiende? (p. 79)

A medida que Rafael le cuenta a Kenia su historia, le enseña a tocar. De esta manera Kenia entiende que su carácter es el que determina el bailar de las baquetas sobre la marimba y su sonido no es más que el grito de un alma encerrada.

La vida de esta joven termina transitando todos los caminos posibles, desde el modelaje hasta el barequear por unos pesos extras. Al explorar la violencia que suele ser invisible, esa misma que no sale en los noticieros y de la cual la mayoría de colombianos suele sacar tajada, *Nadie grita tu nombre* retrata la realidad de miles de personas que ante la ausencia del Estado viven sin dios ni ley, vendiendo su devoción al mejor postor.

Esta novela trata con una precisión quirúrgica el dolor, la ausencia y la ansiedad que conlleva crecer. La muerte tiene un papel protagónico dentro de la vida de Kenia, quien lejos de temerle ha aprendido a mirarla a los ojos en cada ocasión en que ha sentido llegar su olor. Harold Muñoz logró, a través de Kenia, contar una historia de muchos colores con los contrastes que una vereda de Santander de Quilichao puede tener. Muchas voces, muchas vi-

das entrelazadas masticando el barro que cruje bajo sus pies al caminar.

Más que una buena novela, es un libro necesario para entender y poder sentir aquello que puede llegar a ser tan ajeno como lo es la vida misma. Kenia no es un personaje imaginario, Kenia vive en todos nosotros, sus miedos son nuestros, y después de leer esta historia el sonido de la chonta es una voz que seguirá gritando en nuestra cabeza hasta que en la selva llueva.

Nicolás Rocha Cortés